

# Oír con los ojos

Los versos que César Vallejo nos dejó fueron como los que nos describe el Inca Garcilaso acerca de los «harauicus» que son poetas «pocos, porque la memoria los guardase; empero muy compendiosos, como cifras». Versos cifrados, guarismos sobre el sentido del ser, matemática fecunda en la que las partes remiten a un todo, cuentas y nudos de un quippu maravilloso, caso excepcional de la literatura peruana.

La trayectoria poética de César Vallejo estuvo marcada por una infinita nostalgia de seres y cosas, por un echar de menos que depende en última instancia de su nomadismo que parece resolverse en la inmovilidad paradójica del que sufre: del estar ahí siempre recibiendo los golpes. Muchas fueron las orfandades que impulsaron ese sentimiento de dolor íntimo, espejo cóncavo de la palabra en Vallejo, esos golpes fuertes que da la vida están muy diversificados en su biografía anterior al 17 de junio de 1927, fecha en la que embarca a Europa, pero podrían clasificarse atendiendo a tres centros espaciales (Santiago de Chuco, Trujillo y Lima) y estar en parte motivados por los cambios que sufrió Vallejo en su periplo peruano.

De lo serrano a lo costeño, de los Andes a Lima, quizás aquí esté sintetizada la raíz fatal de un destino literario: en el nexo que su obra establece entre diversas realidades que, proporcionando una visión integral del Perú, no permitirá ninguna filiación separatista; enraizado en su propia singularidad como hombre, primer y último estado del poeta, ningún movimiento literario (incluida la vanguardia)<sup>1</sup> pudo expropiárselo. Como certeramente afirmó Jorge Basadre ya en 1928:

Vallejo quiso ser, aunque en su primer libro hay influencias de Darío y de Herrera y Reissig, desde su iniciación un «outlaw» uniendo al horror del lugar común, la búsqueda de la expresión sintetista y porque traía mucho de peruano, sobre todo de mestizo rural costeño y al mismo tiempo hacía el poema del hogar, de la madre, de la infancia.<sup>2</sup>

Lo mestizo rural está fijado en la infancia y la familia, refugios temporales y espaciales que representan ese calor fraterno, esa convivencia con el prójimo, tierna hermandad que no es objeto de búsqueda afanosa, de lucha, que se da en su pereza. La madre o ese regresar constante a ella una vez muerta, y la tierra se unen para ser el más preciado patrimonio del poeta. La vida disipada de la sierra se va a oponer a partir de 1913 con la del estudio en Trujillo, en marzo de ese año se matricula César Vallejo en la

<sup>1</sup> Son muchos los juicios críticos de César Vallejo que censuran el retoricismo de la Vanguardia y del «espíritu nuevo». A través de sus crónicas se puede ampliar este tema, especialmente en: «La defensa de la vida», «Poesía nueva», «Contra el secreto profesional» y «Literatura a puerta cerrada», entre otras. Recogidas y publicadas por la UNAM en 1984, en dos volúmenes.

<sup>2</sup> Jorge Basadre, *Equivocaciones*. Lima, Ed. La opinión nacional, 1928, p. 40.

Facultad de Filosofía y Letras. Su melancolía de desarraigado, esa nervazón de angustia de la que nos habló alguna vez, estuvo atenuada por la vinculación a partir de 1915 a un grupo de jóvenes escritores, casi todos estudiantes de la Universidad, el grupo «Norte»,<sup>3</sup> a quien el poeta Juan Parra del Riego daría a conocer en Lima como «Los bohemios de Trujillo». Vinculados a los periódicos locales, que publican sus composiciones y reseñan sus actos más importantes, y a la revista literaria *Iris*, parecen participar del espíritu *Colónida*, la revista fundada por Valdelomar en 1916 que desde Lima ejercía su magisterio literario sobre las nuevas influencias europeas, pero que debido a su fuerte tendencia provinciana, sobre todo arequipeña, aglutina similares posiciones estéticas.<sup>4</sup> La bohemia representa durante esos años, ese compartir lecturas, confidencias, fiestas y amoríos, que se enfrenta a una ciudad conservadora que margina a los estudiantes de otras provincias. En París el concepto de la bohemia para César Vallejo cambia, cuando lucha por sobrevivir le es imposible participar de lo que de galante y snob hay en ella, de convertir el arte en una farsa, en un vodevil. En una carta fechada el 24 de mayo de 1924 le dice a Pablo Abril de Vivero: «Yo no soy bohemio: a mí me duele mucho la miseria, y ella no es una fiesta para mí, como lo es para otros». Sin querer nos acordamos de ese soneto de Rimbaud «Je m'en allais. Les poings dans poches crevéés / Mon paletot aussi devenait idéal...»<sup>5</sup>

En Trujillo Vallejo va creando y publicando algunos poemas, junto con declamaciones públicas y alguna que otra conferencia. Se va introduciendo en un ambiente literario que entrará rápidamente en conflicto con su hogar, su entrada en el mundo de las letras por lo discutida provoca una añoranza de esa otra vida paradisíaca representada por Santiago de Chuco. La aceptación del apodo de «Korriscoso», personaje de un cuento de Eça de Queiroz, *Un poeta lírico*, supone aceptar un emblema que le permite un estar con pero que podría esconder al verdadero Vallejo tras la máscara. Ya en Trujillo se siente enfrentado a sus críticos y se siente mal, como le explica en una carta a José María Eguren, porque «ahí hay quienes me atacan con rudeza», fechada el 29 de julio de 1917, seguramente se está refiriendo al artículo que cuatro días antes aparece en *La Industria* en el que se ataca a Vallejo y a su grupo. Pero su angustia ante la crítica adversa se prolonga en la persona de Clemente Palma, el cual desde su tribuna el «Correo franco», en la revista *Variedades* de Lima, el 22 de septiembre critica ásperamente su poema *El poeta a su amada*:

También es usted de los que viene con la tonada de que aquí estimulamos a todos los que tocan de afición la gaita lírica, o sea a los jóvenes a quienes le da el naípe por escribir tonterías

<sup>3</sup> El grupo «Norte» estaba formado por: Oscar Imaña, José Eulogio Garrido, Fernando Esquerre, Francisco Sandoval, Eloy Espinoza, Juan Espejo Asturrizaga, Antenor Orrego, Alcides Spelucín, C. M. Cox, Víctor Raúl Haya de la Torre.

<sup>4</sup> Nos referimos exactamente al pequeño grupo de Piura en torno de la revista *Ariel* dirigida por Ricardo Vega García, y a los seguidores de *Colónida* en Arequipa, Puno y Cuzco donde empezaba a formarse la constelación del Boletín Titikaka. Cfr. Luis Alberto Sánchez en su prólogo a la edición facsímil de *Colónida*, Lima, Ediciones Cope, 1981, p. 11.

<sup>5</sup> En la bohemia parisina poco queda ya de ese ambiente de hermandad que él vivió en Trujillo. Le comenta a Alcides Spelucín en una carta: «Como tú podrías imaginarlo, aquí es raro encontrar amigos y menos hombres, entre los escritores [...] Caro hallazgo, que me recuerda a los hermanos de Trujillo y no de ninguna otra parte», en César Vallejo, Epistolario general, Valencia, Pre-Textos, 1982, p. 211.